



IGLESIA CRISTIANA REFORMADA

IGLESIA EVANGÉLICA DEL Bº DE S. PASCUAL

C/ Cesar González Ruano, 25
28027 MADRID
(Metro Concepción)
Tel.: 914040628

Inscrita en el Registro de
Entidades Religiosas del
Ministerio de Justicia nº 5180-
SE/A

La Iglesia Cristiana Reformada
es una de las Iglesias
Reformadas de España (IRE),
y es miembro de la
Federación de Entidades
Religiosas Evangélicas de
España

Pastor: José de Segovia Barrón
Diáconos: Priscilo Valero y
Luis González

No. 107
Marzo
2014

DOMINGO

CULTO
11.00 h.

ESTUDIO BÍBLICO
18.00 h. (**Números**)

Miércoles 19.00 h.
Estudio

EN NUESTRO LUGAR

A muchos nos gusta la Navidad porque es una historia hermosa que nos hace revivir recuerdos nostálgicos, la alegría de la infancia y el ideal de paz en la tierra. En la cruz, sin embargo, no hay nada atractivo. Muchos la utilizan como elemento decorativo, pero no deja de ser un patíbulo. Es un instrumento de ejecución, que produce una muerte horrible, cruel y sangrienta. Algo que no solo resulta incomprensible, sino desagradable, totalmente repulsivo.

La pregunta de por qué murió Jesús es, sin embargo, central para entender el cristianismo. Es más, no comprendemos a Cristo si no entendemos su cruz. Es algo más que un símbolo. En ella está el corazón del Evangelio. Consideremos, pues, en qué consiste la obra de Cristo en la cruz. En primer lugar, ¿qué queremos decir cuando hablamos del “sacrificio vicario del Hijo de Dios encarnado”?

Para entender lo que esto significa, tenemos que darnos cuenta de que estamos ante la pregunta que tanta gente se hace cuando se le presenta la fe cristiana: ¿cómo puede ayudarnos hoy la muerte de un hombre hace dos mil años? Todos admiramos a personas que sufren incomprensión, traición y muerte por fidelidad a una buena causa. Podemos aceptar la cruz como un noble acto de autosacrificio, pero ¿qué es eso de un sacrificio vicario? Y ¿por qué del Hijo de Dios? ¿No basta que sea simplemente un hombre?

¿SUPERHOMBRE?

Lo que ha hecho Cristo está relacionado con quién es Él. Es su persona la que determi-

na su obra. El valor del “sacrificio vicario” de Cristo se basa en su naturaleza, tanto divina como humana. El mediador que necesitamos debe ser hombre y Dios verdadero. La Iglesia, desde los primeros siglos, ha mantenido que un Cristo menos que humano no podría ser el Salvador de los seres humanos.

Al mundo helenístico le interesaba lo intemporal y lo eterno. Los Padres Apostólicos enfatizan, por eso, la Encarnación. No por una falta de interés por la obra de salvación. Todo lo contrario. Para señalar, junto al valor y la dignidad de la Creación, la importancia de la Historia.

En la era moderna, el péndulo oscila al extremo opuesto. Lo histórico se vuelve, con Kant, absoluto: la pregunta es qué hizo Jesús, no quién es El. Su “cristología desde abajo” nos deja un Cristo que se diferencia poco de un superhombre. Sus cualidades humanas son tan elevadas, que no se pueden alcanzar. No es alguien que se puede identificar con nuestras debilidades.

El Cristo del liberalismo teológico decimonónico no es del todo Dios, ni tan humano como nosotros. De la misma manera que no puede haber encarnación sin expiación, tampoco puede haber expiación sin encarnación. En otras palabras, si no fuera Dios, no podría revelar al Padre. Y si no fuera humano, no podría representarnos. El Hijo de Dios se encarnó para vivir en la obediencia que nosotros no tenemos y sufrir el castigo de la justicia divina por nuestros pecados. Si Jesús no fuera Dios, no tendría poder para salvarnos, pero si no fuera humano, no se podría identificar con nosotros en nuestro sufrimiento.



La Iglesia occidental vio la obra de Cristo en términos legales, como el apóstol Pablo. Mientras que la Iglesia oriental, tras la emergencia del Islam, se concentró en preservar los dogmas sobre la persona de Cristo, usando el lenguaje de Juan. En realidad, necesitamos la persona de Cristo tanto como su obra; el lenguaje de Juan, como el de Pablo.

Si sólo vemos la deidad suprema de Cristo, olvidamos su humanidad, teniendo que recurrir como los católicos a alguna forma adicional de mediación humana, como María. Y si Cristo es sólo un ejemplo a imitar en términos humanos, no nos queda más que una ética y enseñanza a seguir, cuando lo que necesitamos es ser salvados. Es por eso que hablamos del “sacrificio vicario” de Cristo...

SACRIFICIO

Cuando la Biblia habla de sacrificios, se refiere al contexto sacerdotal del Antiguo Testamento. Co-



mo el ser humano no puede acercarse en su pecado a Dios, necesita de los sacrificios que presenta el sacerdote, una persona cuya función es interceder por sus congéneres en la presencia de Dios. Si el profeta es el representante de Dios ante la humanidad, el sacerdote es el representante de la humanidad ante Dios (*Hebreos 5:1*).

Cristo es tanto profeta como sacerdote, la última Palabra de Dios (*He. 1:1-2*) y el sacerdote que hace innecesaria cualquier otra mediación o sacrificio (*7:18*). La ofrenda sin mancha (*1 Pedro 1:19*) del Cordero de Dios es una ofrenda por el pecado, cuya eficacia es única e irrepetible (*Hebreos 7:27; 9:26-28; 10:11-14*). Es por eso que los reformadores rechazaban el sentido de la misa como sacrificio. Su entrega garantiza nuestro acceso constante a Dios (*He. 4:14-16; 6:17-20; 9:23; 10:19 ss.*).

Los sacrificios judíos eran de animales, pero el de Jesús fue la entrega de sí mismo, el Hijo de Dios, como hombre sin pecado. Él es sacerdote y víctima, tanto la ofrenda como el que la presenta. Ahora bien, nos preguntamos: si Él lo hace todo, ¿por qué tiene que morir? ¿No podía Dios aceptarnos sin la cruz?, por lo menos cuando nos arrepentimos de lo que hacemos mal. ¿No tenía otra forma de perdonarnos?

Tenemos que darnos cuenta de que, en esta cuestión, la palabra decisiva es la de Dios y no la nuestra. Él es el Juez, no nosotros. El cielo pertenece a Dios, no al hombre. Es Él quien pone las condiciones de admisión. Podemos entrar, o quedarnos fuera. Lo que no podemos hacer es imponerle a Dios nuestras condi-

ciones. Dios es santo, nosotros no lo somos.

Nuestro pecado es una ofensa tan grave para Él, que le ha costado la vida de su propio Hijo. Era “necesario” que el Hijo del Hombre padeciese (*Lucas 26:46*). Eso no significa que estuviera obligado a hacerlo. Se entrega voluntariamente. No es víctima de las circunstancias. Esa necesidad tiene su origen en la voluntad de Dios. El perdón supone que pagues tú el precio, en vez de la persona culpable. Es asumir la deuda del otro tú mismo. Eso es un sacrificio vicario, o sea, en nuestro lugar.

POR NOSOTROS

La única forma que tenía Dios de acabar con el mal era sufrir en nuestro lugar, para poder perdonarnos. Como Jesucristo es Dios, Él mismo lleva el dolor de la cruz, por su amor sacrificado. Por eso Lutero habla del Dios crucificado.

La muerte de Jesús no es sólo un buen ejemplo, sino el pago de la deuda que costaba nuestro rescate. El cristianismo es un mensaje de salvación, no una buena enseñanza. Es el anuncio glorioso de que Dios ha pagado el precio. Ya no hay castigo que llevar. Dios mismo cargó con él.

Si Dios es amor, ¿por qué no perdona simplemente nuestra deuda? Lo que pasa es que sabemos que Dios es un Dios de amor, a causa de la cruz (*1 Juan 4:10*). Es imposible amar a alguien con un problema y una necesidad, sin compartirlo o identificarnos con él. El amor verdadero supone un cierto intercambio. Así Dios ha hecho un sacrificio en sustitución nuestra.

En Cristo, Dios se ha solidarizado con nosotros. En la debilidad de la cruz simpatizó con nuestro problema (*Hebreos 4:14-15*). Derramó su sangre por nosotros. Como dice Stott: “la esencia del pecado es que los seres humanos han tomado el lugar de Dios, mientras que la esencia de la salvación es Dios ocupando nuestro lugar”.



En la cruz, Cristo gana, perdiendo. Triunfa por su fracaso. Su poder vence por la debilidad y el servicio. Se enriquece, haciéndose pobre. Por su muerte, Jesucristo da la vuelta a los valores del mundo, para establecer una “contracultura” que invierte la búsqueda de poder, reconocimiento, posición y riqueza por un nuevo orden de vida que no se basa en la auto-justificación, el dinero, el status, nuestra carrera y orgullo de raza o de clase.

En la cruz, ni la justicia, ni la misericordia, pierden. Ambas se cumplen por iniciativa de Dios. En ella nos muestra a un Padre que no se limita a esperar a que el que estaba perdido vuelva, sino que sale a su busca y lo recoge. Si somos salvos, no es por causa de lo que hacemos nosotros, sino por lo que Dios hace. Por su muerte vicaria, somos rescatados por su gracia.

La fe es, por lo tanto, el abandono de toda confianza en el mérito propio. No es una buena obra, sino la actitud del que renuncia a la confianza en sí mismo, para confiar sin reservas en la gracia de Dios. “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo” (*Hechos 16:30-31*). Una vez salvos, es también su victoria, la que nos da confianza para vivir cada día.

La cruz no es algo por lo que debemos pedir disculpas, sino algo en lo que podemos gloriarnos (*1 Corintios 1:18-2:5*). Al proclamarla, tenemos la certeza de ofrecer la salvación que Dios nos da por su Hijo. Por eso predicamos a “Cristo, y a éste crucificado”. Es cómo Dios nos rescata, la respuesta divina al problema del hombre: el pecado. Al exaltar a Cristo crucificado, confiamos en que el Evangelio es poder de salvación para todo aquel que cree. Ninguna otra cosa podría cambiarnos.

Pastor José de Segovia

Anna nos cuenta...

Vengo del suroeste de Holanda, de la región conocida como Flandes, que se extiende a ambos lados de la frontera con Bélgica. Soy la octava de una familia numerosa de nueve hijos. Tengo seis hermanos y dos hermanas. Como era durante casi cinco años la más pequeña y además niña, creo que me mimaron mucho, aunque mi padre era severo y bastante rígido. Vivíamos en Zaamslag, un pueblo de tres mil habitantes, en medio de los campos de cultivos y prados con vacas y caballos; un paisaje llano y muy tranquilo, cuyo horizonte está formado por los diques con sus hileras de álamos.

...Anna nos cuenta



Mi padre era agricultor, pero sin granja; y mi madre tenía más que suficiente trabajo cuidando de sus hijos y la casa, aunque había sido modista y costurera. Sus familias habían vivido allí desde siempre, firmemente integradas en la iglesia reformada.

En los siglos XVI y XVII, los Países Bajos lucharon por librarse del

yugo del rey de España, Felipe II, y el Duque de Alba (se conoce como la guerra de los 80 años –en Holanda– o de los 30 años –en España–). Incluso hasta el día de hoy, hay en esa zona pueblos enteramente católicos (que habían quedado bajo dominio español) y pueblos protestantes (liberados por las tropas de Guillermo de Orange). Cuando yo nací, había en mi pueblo cuatro iglesias de diferentes denominaciones reformadas, pues, desde la Reforma, hubo muchas divisiones a nivel nacional. La última se había producido justo después de la II Guerra Mundial, en la Iglesia Reformada sinodal, de la que mis padres eran jóvenes miembros. Ellos se unieron a la nueva denominación, las Iglesias Reformadas ‘Liberadas’. Cuando, por algún cumpleaños, se reunían los familiares, muchas veces terminaban discutiendo sobre diferencias doctrinales, como “los rasgos de la iglesia verdadera”, por ejemplo. Me daba la impresión de que los que no eran de nuestra iglesia, no eran buenos creyentes.

En mi casa se leía la Biblia a diario, de principio a fin y vuelta a empezar, después de las comidas y cenas, cuando todos estábamos juntos. Usábamos también adaptaciones para niños (de Anne de Vries, que existe también en español) y jóvenes. Las oraciones eran siempre formales, como el Padrenuestro, nada improvisado. Había una gran uniformidad de comportamiento, en casa de mis amigas se hacía todo igual. Eso solo empezó a cambiar al hacernos mayores.

En cuanto a la iglesia, con tres o cuatro años, los niños podían venir a los cultos ¡si se estaban quietos, porque no había guardería ni escuela dominical! Puesto que todas las iglesias reformadas bautizan a los hijos de los creyentes siendo bebés y son miembros bautizados, se consideraba como algo malo separar a un grupo (los niños) de la congregación: somos una sola en el culto al Señor. Los domingos había culto por la mañana y por la tarde, pero por la tarde los niños solían quedarse en casa. Había una observancia muy estricta del Día del Señor, con muchas reglas: ponerse la mejor ropa (las chicas, un vestido; los chicos, camisa con pajarita o corbata); no jugar en la calle; trabajar, solo lo imprescindible; no ir a comprar –todas las tiendas estaban cerradas de cualquier forma–; no viajar en transporte público –que es algo fácil en un pueblo pequeño–. Mi madre preparaba gran parte de la comida del domingo siempre la noche anterior.

Había tres escuelas en el pueblo: una pública, una de la Iglesia Reformada

estatal y otra de las tres iglesias reformadas restantes. Yo iba a esta última. Al comienzo de clase, cada día, nos contaban una historia bíblica. También aprendíamos cada semana una estrofa de un Salmo y, al recitar o cantarla, uno por uno, nos ponían nota. A partir de los doce años, los niños iban a una clase semanal en la iglesia, donde el pastor nos explicaba el Catecismo de Heidelberg, que también teníamos que aprender de memoria, cada vez una pregunta con su respuesta. Había reuniones semanales de estudio bíblico y de otros temas para diferentes grupos, según la edad, de chicos y de chicas, de hombres y de mujeres.

Cuando era más pequeña, no me enteraba mucho de las predicaciones. Con doce años, nuestro maestro del colegio nos explicó la estructura que solía tener un sermón, y nos pidió apuntar en un cuaderno lo que escuchábamos los domingos. Así aprendí a prestar más atención. En aquél entonces, los pastores escribían sus sermones según un esquema casi invariable: introducción, tema, y una elaboración de tres puntos. No solían predicar siguiendo libros enteros de la Biblia, escogían sus textos de aquí y allá, pero por las tardes siempre se predicaba sobre el Catecismo de Heidelberg, que está dividido en 'Domingos', 52 para todo un año.

Crecí en un mundo cerrado y muy protegida de otras influencias. El instituto de enseñanza secundaria era también cristiano, pero sin que se diera mucha importancia. Las clases de religión se daban por separado, un cura para los católicos y un pastor para los protestantes. Aunque me sentía incómoda, allí aprendí un poco a defender la autoridad de la Biblia, pues esos pastores eran bastante liberales.

Según iba conociendo más de Jesús y de la Biblia, así crecía mi fe. Desde pequeña he confiado en el Señor Jesús y en Dios como mi Padre celestial que me ama y me cuida. Dos de mis hermanos se hicieron rebeldes en su adolescencia y le dieron la espalda a Dios, por lo que, después de un tiempo, fueron excomulgados. Esto les causó mucho dolor a mis padres, y tardaron años en volver a relacionarse de alguna manera con ellos. A mí me hizo ver con más claridad que la fe no es algo que se puede dar por supuesto.

Con 17 o 18 años, los jóvenes de la iglesia hacían profesión pública de su fe, cuando se suponía que tenían suficiente conocimiento de las doctrinas de la iglesia y podían responder de su fe. Yo no quería hacerlo como algo automático, como si siguiera solamente una tradición, así que esperé hasta independizarme como estudiante en Amsterdam, antes de dar ese paso, conscientemente.

Siempre había soñado estudiar para ser veterinaria, porque me gustaban mucho los animales y la biología. Pero a mi padre no le pareció adecuado. Él opinaba que lo mejor para una mujer era ser enfermera o maestra, y no dio su brazo a torcer. Así que tenía que escoger otra carrera. Probé con el primer curso de Ergoterapia, por recomendación de uno de mis hermanos, que vivía en Amsterdam. Es una especialidad paramédica que busca soluciones y adaptaciones creativas para personas con problemas (psico)motrices. Me gustaban muchas de las asignaturas, pero la enseñanza estaba mal organizada y todo era tan caótico que lo dejé antes de terminar el año.

Otro de mis hermanos había estudiado Bellas Artes y era pintor, y mi hermana mayor me animaba también en esa dirección, porque, según ella, yo tenía dones para el dibujo y era creativa. Mis padres tenían sus objeciones, pero como se había inaugurado hacía poco una Academia de Bellas Artes cristiana en

la ciudad de Kampen, se dejaron convencer y pude matricularme allí después del examen de admisión. Kampen era la 'Jerusalén' de los reformados: había dos seminarios teológicos y muchas grandes iglesias de diferentes denominaciones reformadas. El seminario de las Iglesias 'Liberadas' celebraba cada año un día de Puertas Abiertas, a lo que acudían desde todos los rincones del país autocares llenos de miembros de las iglesias para ver las instalaciones y escuchar predicar a los profesores. Yo había ido una vez, cuando tenía unos doce años, y parecía un peregrinaje. Al acercarnos a la ciudad, todos en el autocar empezaron a cantar salmos, como si fuéramos llegando a la Ciudad Santa... La multitud llenaba las calles y las iglesias...

Vivir y estudiar allí me gustaba mucho, era una ciudad pequeña con un casco antiguo, al lado de un río ancho, donde navegaban gabarras y barcos de recreo. Hice muchos amigos. La iglesia tenía más de mil miembros y conocía a la mayoría por lo menos de cara; siempre encontrabas a algún conocido en la calle. Me especialicé en ilustración, para combinar mi afición a la lectura con el dibujo. Uno de los profesores de la Academia organizaba tertulias sobre Arte y Cristianismo, nos introdujo a los escritos de H. Rookmaker y a Francis Schaeffer y 'L Abri. Una de las cosas que aprendí era que no existe el arte cristiano..., pero sí cristianos que hacen arte.

Participé en grupos de estudio bíblico, y también en actividades evangelísticas de la iglesia. La evangelización era la asignatura pendiente de las iglesias reformadas. Siempre habían tenido sus misiones en el extranjero, en las antiguas colonias de Holanda, pero sólo a partir de los años setenta surgió el interés en llegar a su entorno cercano. Tiene una explicación: antes casi todo el mundo era cristiano, pero la secularización se empezaba a notar.

Quería servir al Señor con toda mi vida y los dones que me había dado, pero no tenía muy claro cómo exactamente. Por encargo ilustré un libro para niños sobre la iglesia y la liturgia. Hice algunas otras cosas, pero me costaba buscar trabajo. También soñaba con ir a vivir en otro país. Cuando conocí a José, –que vino a estudiar teología en el seminario de Kampen– con su deseo de predicar el Evangelio en España, todo encajaba.

No tengo un versículo o pasaje favorito de la Biblia. Cada vez que la leo, hay algo nuevo que me impresiona, o que me hace ver con nuevos ojos mis pecados y defectos, y mi necesidad del perdón de Dios.

A veces me frustró, porque no veo una mejora en mi vida. Pero parece ser que la mejora consiste en darnos cada vez más cuenta de lo terriblemente perdidos que estaríamos sin el sacrificio de Jesús. A lo largo de los años, me ha quedado claro la fidelidad y amor constante de mi Padre celestial. Doy gracias al Señor por todo lo que me ha dado, y por formar parte de su gran familia. Anhele la vuelta de Jesús en toda su gloria, cuando ya no miramos a través de un espejo borroso, enigmático, sino que le veremos cara a cara (*1 Corintios 13:12*).



TABLÓN DE ANUNCIOS

·**DOCTRINAS DE LA GRACIA** Seguimos con el curso sobre la enseñanza bíblica acerca de la salvación, que en teología se llama soteriología, los miércoles a las siete de la tarde. Este mes trataremos el tema de la justificación.

·**EVANGELIO SEGÚN MARCOS** Continúa la serie de exposiciones sobre el *Evangelio según Marcos*, con el profesor Hutter del Seminario de Sefovan, que predicará en el culto que tenemos a las once de la mañana, el domingo 9 de marzo. Ese día está el pastor en la iglesia de Sant Boi (Barcelona), después de dar un seminario sobre ética para los pastores de la Federación de Iglesias Evangélicas Independientes de España (FIEIDE), en la Facultad Internacional de Teología de Castelldefels.

·**REUNIÓN DE MIEMBROS** Como cada año, tendremos la asamblea de la iglesia, para hacer balance del año pasado y planes para el 2014, el domingo 23 de marzo a las seis de la tarde. Esta reunión es para los miembros de la iglesia. Si todavía no lo eres y llevas un tiempo asistiendo, puedes hablar con el pastor, para serlo.

·**COMIDA JUNTOS** En vez del primer domingo de abril, celebraremos la *Santa Cena* el último domingo de marzo. La ofrenda especial ese domingo es para los hermanos de Almuñécar. Habrá un tiempo de café después del culto y tendremos una comida juntos. Ese día podemos llevar comida suficiente para compartir. Acabaremos este tiempo con un estudio sobre Números, a las cinco de tarde.

CUMPLEAÑOS

10) Catalina Arriagada

ORAMOS POR LOS ENFERMOS

Madrid

Adela Jiménez
Marina González

Almuñécar

Miguel Trapero

